

# Los santos que desafían a la muerte: el fenómeno religioso y hagiográfico de la Edad Media

Diana Iraís Rangel Pichardo

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México

## RESUMEN

En este trabajo se analiza cómo se transformó la concepción de la muerte y el tratamiento de los cuerpos desde la Antigüedad hasta la Edad Media, y cómo influyó en el fenómeno de la santidad, sobre todo entre los mártires. Esta nueva manera de convivir en torno a la muerte desembocó en la forma en que se plasmó en la literatura hagiográfica. Asimismo se establecen algunos parámetros que se plantean en las circunstancias narradas en los textos.

*Palabras clave:* santidad, hagiografía, milagros, muerte, Edad Media, religión.

## ABSTRACT

This paper analyzes how the conception of death and the treatment of bodies from Classical Antiquity to the Middle Ages changed and how it influenced the phenomenon of holiness, especially for martyrs. This new way of living with death led to the way it was expressed in the hagiographic literature. It also seeks to establish some parameters that arise in the circumstances described in the texts.

*Keywords:* Sanctity, hagiography, miracles, death, Middle Age, religion.

*En memoria de Enrique, que desafió a la muerte pero no logró ganar la batalla.*

A lo largo de la historia de la humanidad el miedo a fallecer ha estado presente en el imaginario colectivo. Se han buscado múltiples formas de detener el deterioro natural del cuerpo, hasta el punto de volverse una obsesión en el ser humano. Por eso las maravillas<sup>1</sup> y el desafío a las leyes de la naturaleza que se contaban en las hagiografías y los sermones religiosos causaron tanto interés entre la población medieval. Uno de los ejemplos más importantes de estos fenómenos asombrosos fueron las proezas de los santos, seres iluminados capaces de realizar prodigios increíbles, como sanar a los enfermos, expulsar demonios e incluso impedir el curso natural del fin de la vida humana, aunque fuera por unos instantes.

Es importante mencionar que durante la gestación del cristianismo y los comienzos del Medioevo surgió un cambio importante en la concepción de la muerte. En la Antigüedad pagana los muertos pertenecían al mundo externo de las ciudades, a lo silvestre, a lo alejado de la civilización. Aunque se les homenajeaba y se les elaboraban diversos rituales, la población les temía y buscaba mantenerlos apartados para evitar que perturbaran a los vivos (Ariès, 2000: 34). Por eso los cementerios se ubicaban en las afueras de las ciudades. Ariès señala que, “en Roma, la ley de las XII Tablas prohibía los entierros *in urbe*, en el interior de la ciudad”, una prohibición que también se menciona en el *Código teodisiano* (*ibidem*: 35).

El auge del cristianismo marcó un parteaguas en la relación con el cuerpo humano, tanto vivo como muerto. La muerte de Cristo significó el sacrificio del espíritu encarnado para el perdón de los pecados, lo cual desarrolló un culto alrededor del cuerpo beatificado, así como la promesa de la vida después de la muerte. Del mismo modo, el desarrollo de la santidad enriqueció el espectro cultural del cristianismo. Una de las aportaciones más importantes fue la introducción de los muertos a las ciudades, como consecuencia directa del culto a los santos, sobre todo de los mártires. Estos seres ejemplares conformaron una parte indispensable para la consagración de la santidad como fenómeno social y cultural.

Los mártires fueron los primeros cristianos que se volvieron testigos de la nueva fe; es decir, afirmaron la veracidad de la palabra de Cristo y la defendieron ante el

---

<sup>1</sup> Le Goff (1986: 13) señala que para los siglos XII y XIII lo sobrenatural occidental se divide en tres partes: *mirabilis*, *magicus* y *miraculosus*: “*Mirabilis*. Es nuestro maravilloso con sus orígenes precristianos [...] El término *magicus* orienta rápidamente hacia la parte del mal, hacia la parte de Satanás. *Magicus* es lo sobrenatural maléfico, lo sobrenatural satánico [...] Lo sobrenatural propiamente cristiano, lo que se podría llamar justamente lo maravilloso cristiano, es lo que se desprende de lo *miraculosus*”.

paganismo. Por lo tanto, resultaron perseguidos por el imperio romano y asesinados en nombre de su salvador. Por medio de las terribles torturas y castigos a que fueron sometidos, se consagraron a Dios. Ante su sacrificio se erigieron como seres dignos de imitar por el resto de la comunidad, tanto gentil como cristiana. Esto les dio una popularidad tan grande que el fervor de los creyentes y su nueva relación con el cuerpo y la muerte los empujó a romper con muchos paradigmas de la Antigüedad.

A partir del siglo IV y durante el V, en algunas zonas de África comenzó un fenómeno que enriqueció el culto a estos santos: el traslado de cadáveres de las necrópolis y la veneración de reliquias. En esa época se inició el traslado de los restos de los mártires a los templos para convertirlos en objetos de veneración por sus cualidades milagrosas. También se daba el caso contrario: los cuerpos de los difuntos se acercaban a los alrededores de los sepulcros de los santos. Por ejemplo, san Paulino mandó trasladar el cuerpo de su hijo a España para que estuviera cerca de los mártires de Aecole, a fin de “purificar su alma” por medio del contacto directo con los cuerpos de los santos.<sup>2</sup> Como afirma Peter Brown (*apud* Rubial, 1999: 21), esta nueva necesidad de estar en contacto con los cuerpos santificados se consideraba una situación fuera de lo común y escandalosa para una sociedad que había restringido por siglos el mundo de los muertos.

Posterior a esto se empezaron a edificar templos de oración en los sepulcros de los mártires y santos, o al contrario, se trasladaba el cuerpo a una catedral con tal de darle un estatus mayor ante otros santuarios. Estos templos se convirtieron en lugares de oración y veneración de los intercesores celestiales, en un principio de manera local y más tarde como centros de peregrinación. Tales espacios devinieron lugares sagrados que vinculaban el mundo terrenal con el espiritual.

La fascinación por los nuevos beatos desembocó en múltiples formas de veneración tanto populares como culturales; por ejemplo, la pintura como resultado del culto a las imágenes, las fiestas patronales y los textos literarios. De este modo surgieron los escritos hagiográficos. Los mártires comenzaron a ser reconocidos por la población y por los obispos locales. Así, se comenzó a difundir sus hazañas de manera oral como modo de propaganda, pero no fue hasta el siglo IV cuando se empezaron a plasmar por escrito. En sí no se trataba de la literatura hagiográfica como tal, sino de textos judiciales conocidos como las “actas” de los mártires, documentos oficiales que narraban con detalle las historias de las persecuciones contra cristianos, así como las torturas y los martirios a que eran sometidos. Conforme pasaba el tiempo se

---

<sup>2</sup> Ariès también señala que no sólo se honraba al muerto, sino que por medio de los cultos funerarios se impedía que los difuntos volvieran para molestar a los vivos.

fueron incluyendo elementos narrativos que exaltaban la valentía de los cristianos y la victoria del cristianismo al defender su fe ante los paganos.

El público que gozaba de escuchar estos relatos desarrolló un gusto por lo maravilloso; las historias que narraban vidas de santos no sólo referían hechos de su vida y la forma en que murieron, pues también se llenaron de elementos alejados de la realidad; por ejemplo, sus milagros.<sup>3</sup> La actividad milagrosa se volvió un rasgo distintivo de santidad, debido a que para la población era una muestra irrefutable de sus poderes superiores, los cuales beneficiaban a la población y los distinguían de los mortales comunes (Baños, 2003: 50)

Entre más se popularizaba el género de la hagiografía, mayor fue el interés por las maravillas y los milagros realizados por los santos y más increíbles las hazañas realizadas: los textos se llenaron de cabezas decapitadas que hablaban, cadáveres que no permitían su traslado a otro lugar de descanso, cuerpos incorruptos, llamas que no quemaban el cuerpo y múltiples intentos fallidos de ejecución, entre otros sucesos. Esto permitió que durante gran parte de la Edad Media, sobre todo antes del siglo XIII, la imagen del santo se percibiera como un ser sin vida; más que jubiloso o lleno de vivacidad, se le consideraba una especie de muerto ilustre que recobraba la integridad perdida al momento del martirio o después de la muerte, como ejemplo de elección divina (Vauchez, 1990: 345). Sin duda esta capacidad de enfrentarse a la muerte permitió que se consolidara el fenómeno religioso de la santidad.

Entre las múltiples hazañas mencionadas en la *Leyenda dorada* de Santiago de la Vorágine, así como en algunos *Flos Sanctorum* y en los *Pasionarios*, las más espectaculares son aquellas que narran actos maravillosos mientras los santos eran martirizados, o bien después de morir y ser sepultados. Esto se debe a que la muerte era concebida por la población en general como un hecho latente e ineludible que la perseguía día tras día, sobre todo en épocas de peste, guerra y hambruna.

Es importante mencionar que, al final de las narraciones, los santos, sobre todo los mártires, mueren físicamente pese a la intervención divina, si bien renacen ante la vida eterna. Por eso utilizo el término “desafío” (RAE), ya que los últimos momentos de la vida del santo refieren a un enfrentamiento entre la vida y la muerte del cuerpo ante la promesa de una existencia del alma después del Juicio final.

Estos fenómenos maravillosos engloban muchas circunstancias a su alrededor; por lo tanto, en un primer acercamiento intentaré clasificar dos tipos de elementos

---

<sup>3</sup> No hay que olvidar que, para la Iglesia, el milagro era una intervención divina. El santo mismo no lo podría llevar a cabo si Dios no se lo permitiera.

que aparecen en las hagiografías medievales: quiénes son beneficiados por el milagro y bajo qué contexto se desafía a la muerte.

En primer lugar, los textos hagiográficos mencionan dos tipos de beneficiados por el milagro realizado por intercesión del beato: el santo mismo o algún miembro de la comunidad. La mayoría de los santos mártires suelen resultar beneficiados por la intervención divina al momento de su muerte. Por ejemplo, de la vida de santa Cristina se relatan las torturas a que fue sometida por orden de su propio padre, un defensor de los ritos paganos. Entre los múltiples castigos que sufrió, fue condenada a ser lanzada al mar con una piedra atada al cuello, “[...] pero los ángeles la salvan y Cristo se le aparece para bautizarla” (Baños, 2009: 536); además, se le condena a ser quemada viva en un horno, pero las llamas no la lastiman en absoluto: “[...] las sirpientes lamíanla los pies, e los áspides colgáronse de las tetas e non la fazían mal ninguno, e las culebras rebovíanse al cuello e lamían el sudor”.

Otro ejemplo es el de santa Catalina de Alejandría, condenada a prisión y privada de alimentos. Ella sobrevivió gracias a los alimentos celestiales que se le otorgaban día tras día. Posteriormente fue condenada a morir en la rueda dentada, la cual se rompió antes del martirio.

Por su parte, san Alejandro fue condenado a morir por decapitación, aunque al momento de asestarle el golpe el verdugo perdió el control de los brazos y no consiguió ejecutarlo. Como estas hazañas maravillosas existen cientos que relatan la intervención divina que permite al santo sobrevivir a pesar de las adversidades.

En el caso de la ayuda a terceros hay infinidad de milagros en que se beneficia a la comunidad entera o a una persona en particular. Por ejemplo, mientras María Magdalena predicaba en una ciudad, una pareja se convirtió al cristianismo. El esposo decidió hacer un viaje a Tierra Santa y su mujer le suplicó acompañarlo. Durante el viaje, ella murió tras dar a luz en un barco y fue abandonada con el recién nacido en una isla. Por dos años el niño mamó del cuerpo de la madre muerta, quien resucitó al reencontrarse con el marido, el cual se había encomendado a María Magdalena.

San Acacio fue un soldado romano que luchó en nombre de Cristo. El santo y sus soldados fueron flagelados, coronados con espinas y lapidados, pero las piedras no les causaban daño alguno.

San Bavón fue un noble de origen germano conocido por su dedicación a la vida ascética. En la iconografía se le reconoce por sus curaciones, entre éstas a un hombre que fue salvado de morir aplastado por un carro.

En segundo lugar hay distintas circunstancias en que el propio santo desafía a la muerte. Éstas se pueden clasificar según la situación en que se lleva a cabo el

enfrentamiento con la muerte: *a)* tortura, *b)* muerte inminente ante una agresión con mayor violencia, y *c)* muerte y milagros *post mortem*, como la incorruptibilidad del cuerpo.

Mediante la tortura se intenta infligir un grave dolor físico o psicológico a alguien con métodos y utensilios diversos, a fin de obtener una confesión o como castigo. Es decir, ésta tiene como objetivo lastimar a quien la recibe, más su fin no es la muerte del individuo. Sin embargo, hay casos en que ésta daña tanto a los cautivos que la muerte resulta inminente. En el caso de los santos no es así, pues muestran una resistencia mayor a la tortura que el resto de las personas. Es decir, son martirizados hasta un punto en que un cuerpo común y corriente no soportaría. Por ejemplo, los verdugos arrancaron los pechos de santa Águeda y ella se recuperó con rapidez; también se le ordenó que caminara sobre brasas ardientes sin causarle daño alguno. San Dionisio es otra muestra de tales horrores: flagelado, encarcelado, atado con pesadas cadenas, colocado sobre una parrilla caliente y condenado a morir en manos de las fieras, nada de esto terminó con la vida del mártir. Después fue crucificado, torturado y encarcelado de nuevo. Su fin sólo ocurrió por medio de la decapitación, que es el atributo por el que se le reconoce iconográficamente, con la cabeza entre las manos.

Con “muerte inminente” me refiero a una agresión cuyo fin es el deceso rápido del santo, pero que no se lleva a cabo; es decir, el santo permanece vivo aun cuando se le aseste un golpe mortal. Por ejemplo, santa Lucía fue atravesada por la garganta con una espada y siguió hablando como si nada hubiera pasado. Del mismo modo los verdugos intentaron ejecutar a santa Inés, quien no se inmutó ante el ataque; en algunas versiones es arrojada al fuego sin que las llamas hagan mayor efecto en la santa. También se cuenta que san Pedro mártir fue atacado por los cátaros con un hacha que le atravesó el cráneo, y que con su sangre aún fue capaz de escribir “Credo”.

Con “muerte y milagros *post mortem*” aludo al deceso físico del santo, ya sea por causa natural o por martirio, donde el cuerpo no presenta las características naturales de la muerte, a lo cual se le conoce como incorruptibilidad. Gracias al origen sobrenatural de esta condición milagrosa, la incorruptibilidad del cuerpo se consideró como un factor muy importante para el proceso de canonización, aunque no era definitivo. Los fieles se entregaban a adorar a aquellos cuerpos milagrosos que se mantenían en perfectas condiciones, desafiando las leyes de la naturaleza.

Los santos debían cumplir con una serie de requisitos establecida por la Iglesia de manera paulatina. Se creía que el cadáver, al no sufrir descomposición ni mal olor, poseía poderes taumatúrgicos, y que al tocarlos era posible que ocurriera un milagro, incluso si sólo se trataba de la cabeza, de un dedo o cualquier otra parte del

cuerpo, pues se consideraban que las reliquias mantenían su eficacia aun divididas, del mismo modo que la hostia consagrada.

Como observamos, estos eventos maravillosos se sitúan en mayor medida en las vidas de los santos mártires. Esto se debe a que estuvieron en contacto cercano con la muerte en infinidad de ocasiones; también hemos visto que hay santos ascetas que realizan estos milagros, aunque en menor cantidad. Esto se debe al cambio ocurrido a partir del siglo XI, cuando surgió una concepción distinta de la santidad. Ahora se trataba de un cuerpo vivo y, por lo general, contemporáneo a los creyentes, como los ermitaños, mendicantes, obispos y laicos. A pesar de este nuevo concepto de santidad, los mártires no fueron olvidados y en repetidas ocasiones se han reelaborado sus leyendas. Su legado dejó una huella en la santidad y en la Edad Media.

#### *Bibliografía*

- ARIÈS, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente. De la Edad Media a nuestros días*, Barcelona, Acantilado, 2000.
- BAÑOS VALLEJO, Fernando, “El *Flos Sanctorum* medieval para lectores de hoy”, en J. CAÑAS MURILLO, Francisco Javier GRANDE QUEJIGO y J. ROSO DÍAZ (eds.), *Medievalismo en Extremadura: estudios sobre literatura y cultura hispánicas de la Edad Media*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2009, pp. 531-543, en línea [[https://sigarra.up.pt/flup/pt//pub\\_geral.show\\_file?pi\\_gdoc\\_id=476321](https://sigarra.up.pt/flup/pt//pub_geral.show_file?pi_gdoc_id=476321)].
- \_\_\_\_\_, *Las vidas de santos en la literatura medieval española*, Madrid, Laberinto, 2003.
- GIORGI, Rosa, *Santos. Los diccionarios del arte*, Madrid, Electa, 2002.
- LE GOFF, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1986.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, en línea [<http://dle.rae.es>].
- RUBIAL, Antonio, *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, México, UNAM/FCE, 1999.
- VAUCHEZ, André, “El santo”, en Jacques LE GOFF *et al.*, *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 3425-358.
- VORÁGINE, Santiago de la, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza, tt. 1-2, 1982.